

pastelillos el domingo, y me sentí algo indispuerto; pero el día de Pascua no comí otra cosa, y á poco más, me muero;» *comparentia instantiarum secundum magis et minus*. «No es posible que sea el aguardiente que bebí al comerlos la causa de mi mal, porque lo bebo hace muchos años diariamente y nunca me molesta;» *rejectio naturarum*. Luégo pasa el enfermo á lo que Bacon llama *vindimiatio*, y la conclusion es que los pastelillos no le sientan.

Sin que sea nuestro propósito poner en duda el arte, la delicadeza y la exactitud de la teoria contenida en el segundo libro del *Novum Organum*, entendemos que lord Bacon exageró mucho su conveniencia y utilidad. Pues á nuestro parecer, los procedimientos de induccion, como tantos otros sistemas, no tienen más probabilidades de aplicarse bien porque conozcan los hombres la manera de hacer uso de ellos, y así, vg., Guillermo Tell no habria ciertamente apuntado mejor á la manzana, por saber que su flecha describiria una parabola bajo el influjo de la atraccion terrestre; ni el capitán Barclay hubiera sido más capaz de hacer á pié mil millas en mil horas, por conocer el sitio y nombre de cada músculo de las piernas; ni el estudio de la gramática produce la menor alteracion en la manera de hablar de las personas bien educadas y que se tratan con sus iguales; ni emplean los hombres con más oportunidad las figuras retóricas porque sepan cúa es metonimia y cúa es sínecdoque. ¡Cuántas veces no usan la ironía las gentes más groseras sin sospecharlo siquiera y sin advertir de consiguiente que la ironía es uno de los cuatro principales tropos! Los jueces más hábiles y experimentados no han creído nunca en la eficacia de los antiguos sistemas de retórica para formar los oradores.

«Ego hanc vim intelligo, dice Ciceron, esse in præceptis omnibus, non ut ea secuti oratores eloquentiæ laudem sint adepti, sed quæ sua sponte homines eloquentes facerent, ea quosdam observasse, atque id egisse; sic esse non eloquentiam ex artificio, sed artificium ex eloquentiam natum;» y por lo que á nosotros respecta, diremos que somos en órden al estudio de la lógica del mismo parecer que Marco Tulio respecto del estudio de la retórica. Porque los hombres de buen sentido hacen á cada momento silogismos en *clarent* y en *cesare* sin darse cuenta de ello, y áun cuando acaso no sepan qué cosa es una *ignoratio elenchi*, sin dificultad la exponen siempre que la encuentran, lo cual les acontece casi todas las veces que tropiezan en su camino con un reverendo maestro en artes procecente de las aulas de Oxford. Pero si admirable resulta el *Organum* de Aristóteles, considerado como esfuerzo intelectual, tanto más quedamos persuadidos de que la ciencia teórica de la lógica no enseña á los hombres á razonar bien, cuanto más comparamos individuos con individuos, escuelas con escuelas, pueblos con pueblos y generaciones con generaciones.

Lo propio que hizo Aristóteles por el procedimiento silogístico, hizo Bacon por vía de induccion en el segundo libro del *Novum Organum*, esto es, analizar bien; mas áun cuando sus reglas son perfectamente justas, no son necesarias, porque son producto de nuestra práctica constante y personal.

Sin embargo, áun cuando todo el mundo observa el procedimiento expuesto en el segundo libro del *Novum Organum*, unos lo emplean bien y otros mal, induciendo á éstos al error y á aquéllos á la verdad; llevando á Franklin al descubrimiento de la naturaleza del rayo, y á millares de individuos menes-

terosos de la claridad de ingenio de Franklin á creer en el magnetismo animal. Pero no aconteció así porque Franklin se sirvió del sistema expuesto por Bacon, y de otro sistema los burlados de Mesmer, pues así pueden hallarse las *comparentiæ* como las *rejectiones* de que ya hemos dado varios ejemplos en las inducciones más falsas. Cuentan de un magistrado de gran notoriedad, que vivía en tiempo de nuestros abuelos, el cual solía explicar de sobremesa la teoría singularísima de que procedían los progresos del jacobinismo de la costumbre de usar tres nombres, citando en apoyo de su tesis, de una parte á Carlos Jaime Fox, Ricardo Brinsley Sheridan, John Horne Tooke, John Philpot Curran, Samuel Taylor Coleridge y Teobaldo Wolfe Tone, los cuales eran *instantiæ convenientes*, y de otra, ejemplos *absentiæ in proximo*, como William Pitt, John Scott, William Windham, Samuel Horsley, Enrique Dundas y Edmundo Burke, y hasta hubiera podido añadir ejemplos *secundum magis et minus*. Porque si la costumbre de dar tres nombres á los niños se ha generalizado de algun tiempo á esta parte, también ha hecho progresos el jacobinismo. Y como la costumbre se halla más extendida en América que no en Inglaterra; por eso en América existe la república y en Inglaterra la monarquía. Las *rejectiones* son evidentes: Burke y Teobaldo Wolfe Tone fueron irlandeses; luego la cualidad de irlandés no es causa del jacobinismo: Horsley y Horne Tooke fueron eclesiásticos; luego la cualidad de eclesiástico no es causa del jacobinismo: Fox y Windham fueron alumnos de Oxford; luego la educación recibida en Oxford no es causa del jacobinismo: Pitt y Horne Tooke cursaron en Cambridge; luego las lecciones de esta Universidad no son tampoco causa del jaco-

binismo; y razonando así por inducción, llegaba nuestro magistrado á lo que Bacon llamaba la *Vendimia*, y concluía que la causa del jacobinismo es el usar tres nombres.

Hé ahí una inducción que corresponde con el análisis de Bacon y cuya conclusión es monstruosamente absurda. ¿En qué difiere la indicada de aquella cuya conclusión es demostrar con el sol la causa de la luz del día y de la oscuridad de la noche? Pues resulta la diferencia evidentemente, no de la naturaleza, sino del número de los ejemplos; es decir, no de aquella parte del método cuyas reglas da Bacon, sino de una circunstancia en orden á la cual no es posible dar regla ninguna exacta; porque si el ilustre autor de la teoría sobre el jacobinismo hubiera extremado algo más las comparaciones, su sistema se habría destruido, bastando á esto los nombres de Tomás Paine y de William Windham Grenville.

En nuestro concepto, pues, la diferencia entre una inducción justa y otra falsa no proviene de que el autor de la inducción exacta emplea el procedimiento analizado en el segundo libro del *Novum Organum*, y de que el autor de la inducción falsa se vale de otro procedimiento diferente, sino de que, haciendo uso ambos de idéntica fórmula, uno la emplea con torpeza ó negligencia, y otro con paciencia, sagacidad, atención y buen juicio. Y como los preceptos carecen de virtud para tornar á los hombres sesudos, y aún ménos todavía sagaces, en vano es recomendarles que se defiendan de sus preocupaciones y se abstengan de dar crédito á los hechos que se fundan en pruebas de dudosa solidez, así como que se satisfagan con series limitadas y escasas de aquellos, y que aparten de su ánimo la *ídola*

que tan admirablemente ha descrito Bacon, siendo estas reglas demasiado generales para producir resultados de grande utilidad práctica. Porque la cuestion se reduce á saber ¿qué cosa es preocupacion? ¿Hasta qué momento la incredulidad con que oimos exponer una teoría nueva es discreta y saludable incredulidad? ¿Cuándo se torna en *idolum specus* la obstinacion injustificada de quien es demasiado escéptico? ¿En qué consiste una prueba de dudosa solidez? ¿En qué una serie limitada y escasa de hechos? ¿Son necesarios diez, cincuenta ó ciento? ¿Al cabo de cuántos meses de haber plantado sus tiendas orillas del Océano adquirieron el convencimiento los primeros pobladores de la tierra de la influencia de la luna en el flujo y reflujo de las aguas? ¿Al cabo de cuántos ensayos adquirió Jenner el convencimiento de creer que habia descubierto un preservativo contra la viruela? Puntos son estos á los cuales convendria poder dar respuesta categórica y precisa; mas, por desgracia, se hacen muchas preguntas que no la tienen satisfactoria y concluyente nunca.

De aquí que si creemos posible fijar y establecer reglas exactas, como lo ha hecho Bacon, para el uso de aquella parte del método de induccion que todos los hombres emplean igualmente, tambien creemos que aún siendo exactas no son necesarias, toda vez que cuanto nos recomiendan es la práctica de lo que hacemos sin su advertimiento. Demas de esto, se nos antoja imposible asentar reglas precisas para el uso de aquella parte del método de induccion que aplican de tan diverso modo el maestro de filosofía experimental y la vieja supersticiosa.

De aquí tambien que á nuestro parecer Bacon incurriera en error respecto del caso. Porque, atribu-

yendo á sus reglas un valor que no tenían ciertamente, llegó á decir que si se adoptaba su método de hacer descubrimientos, el grado de fuerza ó de penetracion de las inteligencias tendria muy poca importancia, que todos los entendimientos quedarian al mismo nivel, y que su filosofía era como el compas ó la regla, instrumentos niveladores por excelencia, que facilitan á todos, sean quienes fueren, el modo de trazar líneas y círculos más exactos que sin su auxilio pudieran hacerlo peritísimos dibujantes (1); lo cual se nos antoja despropósito tan grande cual hubiera podido serlo el de Lindley Murray anunciando al público que cuantos estudiaran la lengua inglesa por su gramática, escribirían como Dryden; ó el del arzobispo de Dublin, diciendo á los lectores de su *Lógica*, que llegarían á razonar como Chillingworth, y á los de su *Retórica*, que hablarían como Burke. Nadie duda ya hoy día de que Bacon se equivocó de todo en todo en esta materia, y más principalmente reflexionando que su filosofía florece desde hace doscientos años sin haber logrado en tan largo período de tiempo la prometida nivelacion, y teniendo en memoria que ahora es, del propio modo que ántes, inconmensurable la distancia que separa al hombre de talento del necio, distancia que sólo puede calcularse con probabilidad de acierto cuando uno y otro se ocupan en investigaciones que reclaman el uso constante de la induccion.

Mas no porque sea en nuestro concepto el ingenioso análisis que dejó lord Bacon del método de induccion obra de poca utilidad, ni haya sido él inventor del método, ni siquiera el primero en

(1) *Novum Organum*, Præf. et lib. I, Aph. 122.

analizarlo correctamente, aun cuando lo analizara con más prolijidad que ninguno de cuantos lo precedieron, ni ménos el primero en demostrar que fuera el sistema de induccion el único eficaz y propio al descubrimiento de nuevas verdades, desconocemos que fué quien abrió nuevos horizontes á la inteligencia de los filósofos, hasta entónces preocupados de disputas retóricas, mostrándoles el camino de nuevas y útiles verdades, y que por tal manera dió al método de induccion importancia y grandeza que ántes no tuvo; que si Bacon no descubrió el camino, ni lo recorrió, ni levantó su primer plano, fué, sí, el primero que llamó la atencion de las gentes sobre una mina de prodigiosa riqueza situada en él, completamente olvidada é inaccesible por toda otra senda; debiéndosele, además, y á sus indicaciones, el haberse transformado en carretera frecuentada de muchos é ilustres viajeros le que otro tiempo fué sólo tierra hollada de viandantes.

Aquello que real y verdaderamente le pertenecía en su sistema era el fin propuesto, y una vez hallado, no había posibilidad, en nuestro concepto, de cometer error acerca de los medios de alcanzarlo. Si otros que no él se hubieran propuesto idénticos fines, tenemos el convencimiento de que habrían empleado igual método que lord Bacon. Difícil, si no imposible, habria sido persuadir á Séneca de que inventar linternas de seguridad fuera ocupacion digna de filósofos, y no ménos difícil, si no imposible, reducir á Santo Tomás de Aquino á renunciar á los silogismos para fabricar pólvora; y, sin embargo, ni Séneca hubiera dudado un punto de que sólo a virtud de una serie de ensayos podia inventarse la linterna de seguridad, ni el de Aquino imaginado

nunca que su *barbara* y su *baralipton* pudieran facilitarle los medios de precisar las partes que deben entrar de salitre y carbono en cada libra de pólvora, porque ni el buen sentido ni Aristóteles le hubieran permitido creer tamaño absurdo.

Impulsando los hombres al descubrimiento de nuevas verdades, Bacon los estimuló á emplear el método de induccion, único, al decir de los antiguos filósofos y aun de los escolásticos, eficaz á facilitar su acceso, é impulsándolos por este camino, les dió motivo para servirse cuidadosa y útilmente del método. Fueron sus antepasados en la ciencia, segun sus propias palabras, no intérpretes, sino precursores de la naturaleza, y se dieron por satisfechos con los primeros principios á que llegaron valiéndose de las inducciones más triviales y leves. Y aconteció así, á nuestro parecer, porque su filosofía carecia de fin práctico, y porque no era sino ejercicio del espíritu. Pues si el hombre que se propone inventar máquinas ó medicinas tiene poderosas razones para observar con paciencia y exactitud y para intentar sucesivos experimentos, aquél que sólo busca temas para discutir ó declamar, como carece de ellos, se da por satisfecho con premisas basadas en las más ligeras é insuficientes hipótesis ó inducciones. Así procedieron los escolásticos, los cuales argumentaron á las veces con singular ingenio sobre sus insignificantes premisas; y como su objeto no era sino «*assensum subjugare, non res* (1)» (vencer en la controversia, no en la naturaleza), se mostraron consecuentes, porque pudieron dar tantas muestras de habilidad lógica razonando acerca de falsas como de verda-

(1) *Novum Organum*, lib. I, Aph. 29.

deras premisas; pero los discípulos de la nueva filosofía, que aspiraban á descubrir verdades útiles, habrían evidentemente fracasado en su tentativa dándose por satisfechos con teorías basadas en inducciones superficiales.

Observa lord Bacon en su *De Augmentis* (1), que cuando permaneció estacionaria la filosofía progresaron las artes mecánicas. Y, en efecto, sucedió así, porque no se daban por satisfechos los artesanos con procedimientos de induccion tan poco exactos como aquellos que bastaban á los filósofos. Y los filósofos se daban por satisfechos más fácil y prontamente que los artesanos, porque los fines de aquéllos estaban limitados á crear palabras y los de éstos dirigidos á crear cosas; que si las inducciones exactas no son indispensables para hacer buenos silogismos, si lo son para hacer bien los zapatos. De aquí que siempre hayan sido los artesanos, en la medida de su vocacion humilde y útil, intérpretes, no precursores, de la naturaleza, y de aquí tambien que al despuntar de una filosofía cuyos fines no eran otros sino es realizar en grande lo que hacía el artesano en pequeño, extendiendo el poder humano y ocurriendo á sus necesidades, la verdad de las premisas, que carece de importancia en la lógica, se tornase asunto de la mayor gravedad, quedando reemplazada la induccion feble que satisfizo en otro tiempo á los sabios con otra induccion exacta, puntual y satisfactoria.

Puédese, á nuestro parecer, resumir lo que hizo Bacon en pro de la filosofía inductiva, diciendo que como los fines que se propusieron los filósofos precursores suyos eran tales que podian alcanzarse sin

(1) Lib. I.

exacta induccion, no emplearon el método cuidadosamente; y que, como Bacon excitó á los hombres á perseguir fines imposibles de alcanzar de otra manera que por la induccion exacta, fué necesario emplear en consecuencia el método cuidadosamente. No creemos que se haya exagerado nunca la importancia de los servicios prestados por lord Bacon á la filosofía inductiva; pero sí que no se ha comprendido bien siempre su naturaleza, ni aun por él mismo, pues el gran servicio que prestó á la sociedad no consistió tanto en suministrar reglas á los filósofos para emplear bien el método de induccion, como en darles motivo para emplearlo debidamente.

Y como es privilegio de inteligencias superiores la facultad que tienen de imprimir al humano espíritu aquellos rumbos en los cuales persevera durante siglos, no estará demas examinar ahora cuál fué la constitucion moral é intelectual que permitió á Bacon ejercer tan omnimoda influencia en todo el mundo.

Habia en Bacon (hablamos de Bacon filósofo, no de Bacon legislador y político) una mezcla singular de audacia y de prudencia. Pues las promesas que hizo á la humanidad podrian parecer á los lectores superficiales, semejantes á las hipérboles que puso un gran poeta dramático en boca de un conquistador oriental embriagado de sus pasiones y de su gloria, diciendo: «Habrá carros más ligeros que el aire; los haré inventar, y tú serás el mensajero que los preceda montado en un caballo de diamante movido con ruedas de oro, no sé cómo todavía (1).»

(1) «He shall have chariots easier than air,
Which I will have invented; and thyself

Pero Bacon realizó sus ofertas, y en realidad Fletcher no hubiera osado prometer por boca de Arbares, ni aun en su más violento acceso de vanidad, la décima parte de lo que supo cumplir la filosofía de Bacon.

En nuestro sentir, el temperamento filosófico puede muy bien describirse con cuatro palabras: mucha esperanza y poca fe; predisposición á creer en la posibilidad de que todo se realice, por extraordinario que sea, y dificultad en persuadirse de que se haya realizado algo extraordinario. Bajo ambos aspectos era perfecta la inteligencia de Bacon, siendo á un tiempo mismo el Mammon y el Surly de Ben-Jonson, pues ni Sir Epicuro tuvo visiones más deslumbradoras y gigantescas, ni Surly analizó las pruebas con incredulidad más penetrante y sagaz.

Pero á esta cualidad particular del temperamento de Bacon se agregaba una cualidad particular de su inteligencia, y por tal modo, á grande minuciosidad de observacion unia más amplitud de comprension que hasta entónces tuvo ninguna otra criatura humana. El ingenio sutil y poco extenso de la Bruyère no poseia tacto más delicado que la inmensa inteligencia de Bacon, y sus *Ensayos* demuestran superabundantemente que no se oscurecian los más pequeños detalles en la disposicion de una casa, de un jardín ó de una comparsa de máscaras al hombre superior que abarcaba con su espíritu extraordinario todo el mundo científico; que su ingenio era como la tienda que dió Paribanou al

That art the messenger shall ride before him,
On a horse cut out of an entire diamond,
That shall be made to go with golden wheels,
I know not how yet.

príncipe Ahmed: cerrada, cual diminuto parasol, y abierta bastante á guarecer á su sombra los ejércitos innumerables de los más poderosos sultanes.

Acaso haya podido alguno igualar á Bacon, aunque no aventajarlo, en sutileza de observacion; mas en cuanto á grandeza de espíritu, es único y sin segundo, porque desde su altura contemplaba el universo intelectual como el Arcángel desde los cielos la nueva creacion, «abarcándola toda, (obra fácil á quien se hallaba muy por sobre la bóveda inmensa y lóbrega de la noche,) desde la punta oriental de Libra hasta la estrella de blancos copos que lleva á Andrómeda á los mares Atlánticos, más allá del último confin del horizonte (1).»

Tanto diferia el saber de Bacon del de los demas hombres, cuanto el globo terrestre del atlas que contiene una parte del mundo en cada hoja. Los pueblos y los caminos de Inglaterra, Francia y Alemania, por ejemplo, están mejor indicados en el atlas que no en el globo; pero mientras vemos la Inglaterra no vemos la Francia, y mientras tenemos la Francia delante de los ojos no vemos la Alemania. Podemos tomar el atlas para conocer la posicion relativa y la distancia de York y de Bristol, ó de Viena y de Pesth; mas de nada nos sirve si tratamos de averiguar la posicion relativa y la distancia de Paris y la Martinica ó de Lóndres y el Canadá. En el globo no hallaremos todas las ciudades inmediata-

(1) «Round he surveyed,—and well might, where he stood

So high above the circling canopy
Of night's extended shade,—from eastern point
Of Libra, to the fleecy star which bears
Andromeda far off Atlantic seas
Beyond the horizon.

mente vecinas á la nuestra; pero si la extensión y la posición relativa de todos los reinos de la tierra. «Mis dominios, decía Bacon á su tío lord Burleigh, cuando aún no contaba más de treinta años, se extienden á todas las ciencias;» lenguaje que habría parecido, no ya en boca de cualquiera otro joven, sino de cualquiera otro hombre, por extremo presuntuoso. Pero si bien es cierto que han existido centenares de matemáticos, de astrónomos, de químicos, de físicos, de botánicos y de mineralogistas mejores que lo fué Bacon, y que ninguno consultará sus obras para estudiar una ciencia determinada, como tampoco ninguno consultará la esfera para conocer detalles topográficos de una determinada comarca, no lo es ménos que el arte que vulgarizó fué el de inventar artes, y que la ciencia en la cual aventajó y se sobrepuso á todos los hombres fué la de las mutuas relaciones de todas las ramas de la ciencia.

El modo que tenía Bacon de comunicar sus ideas era propio de él y único, pues sin recurrir á las estériles disputas que tanto había censurado en sus predecesores, realizó una gran revolución intelectual contra las preocupaciones, y tan no recordamos un sólo pasaje de sus obras filosóficas que ofrezca el carácter de la controversia, que todas ellas hubieran podido revestir la forma que adoptó en la intitulada *Cogitata et visa*, á saber: «Franciscus Baconus sic cogitavit,» es decir: Hé aquí las ideas que me han ocurrido; entendedlas, y despues, tomadlas ó dejadlas.

Borgia decía de la famosa expedición de Carlos VIII que los franceses conquistaron la Italia con tiza, no con hierro, porque todas las proezas militares que hubieron de realizar para enseñorearse

de sus ciudades se redujeron á señalar las puertas de las casas donde querían alojarse. Bacon gustaba de repetir estas palabras y de aplicarlas á las victorias de su propio ingenio (1), pues decía que su filosofía llegaba como huésped y no como enemiga, siendo recibida sin dificultad de cuantas inteligencias tenían las condiciones necesarias. En todo lo cual procedía juiciosa y discretísimamente: primero, porque, como el mismo lo expresa, la diferencia entre su escuela y las demas era tan fundamental que apenas quedaba un terreno comun ocasionado á reñir batallas de controversia; y, segundo, porque su espíritu eminentemente observador y no ménos extenso y ameno carecía de las condiciones naturales y adquiridas indispensables para los combates dialécticos.

Si Bacon no armaba su filosofía con la espada de la lógica, la exornaba profusamente con las galas más lujosas de la retórica, de tal modo que, aún cuando á las veces lleva impreso el sello del mal gusto propio de su siglo, la elocuencia que demostró en toda ocasión habría bastado ciertamente á darle fama literaria. Su talento era maravilloso para condensar las ideas y facilitar su trasmisión, y en punto á ingenio y discurso, si por estas cosas entendemos la facultad de percibir analogías entre asuntos que parecen no tenerla, puede asegurarse que no conoció rival ni en Cowley, ni siquiera en el autor de *Hudibras*. Porque, á decir verdad, tanto poseía esta cualidad, que más parecía poseído y enfermo de ella, y realizaba en su virtud esfuerzos tan admirables, prodigiosos y casi tan absurdos cuando se dejaba llevar de ella sin resistencia, como

(1) *Novum Organum*, lib. 1., Aph. 35, et alibi.

en la *Sapientia Veterum* y al final del segundo libro del *De Augmentis*, que, leyéndolos, nos producen igual sorpresa que las mayores maravillas de los juglares, y que no sin esfuerzo nos persuadimos de que no fué brujo, ni encantador, ni endemoniado.

Arranques eran estos á los cuales se dejaba llevar á veces sin más objeto que deslumbrar y distraer á sus lectores, porque solía sucederle cuando se hallaba engolfado en graves y profundas disquisiciones sentirse como arrebatado del espíritu, y á pesar de sus poderosas facultades, impelido á cometer absurdos en los cuales no habria incurrido ciertamente un hombre vulgar. Aduciremos en corroboracion de lo expuesto una prueba, que acaso sea la más notable de cuantas nos ocurren á la memoria. En el tercer libro del *De Augmentis* dice, por ejemplo, que hay ciertos principios comunes á varias ciencias, sin ser particulares á ninguna, y despues de mencionar en su nomenclatura con el nombre de *philosophia prima* la parte de esta ciencia que se ocupa del caso, enumera algunos de los principios familiares, por decirlo así, á la *philosophia prima*, siendo uno de ellos el siguiente: Las enfermedades contagiosas se comunican con más facilidad en el período de su desarrollo que cuando han llegado á su paroxismo. «Así es la verdad, dice Bacon, en medicina, y así es también la verdad en moral, porque harto vemos que no son tan peligrosos para la moralidad pública los malos ejemplos que dan los hombres perversos, como los de aquellos en los cuales no ha extinguido todavía el vicio todas las virtudes.» Luego dice que una disonancia musical que se resuelve en una consonancia es agradable al oído, y que acontece lo propio en los afectos. En otro lugar escribe que, bajo el punto de vista físico, la energía con que obra un

principio se aumenta las más de las veces en razon de la antiperistasis del opuesto, y que así acontece en las luchas de los partidos. Pero nos ocurre que si la *philosophia prima* consiste toda ella en descubrir símiles ingeniosos y brillantes á la manera de los enunciados, el *Lalla-Rookh* de M. Moore será sin duda ninguna la obra filosófica más grande y de mayor importancia de cuantas ha producido el siglo XIX hasta la hora presente. Los símiles que dejamos trascritos son ingeniosos y felices; mas también nos ha parecido siempre un hecho singularísimo en la historia de las letras que quien tuvo el ingenio de Bacon los reputara de otra suerte, y estimara el descubrimiento de analogías como las indicadas cual si fuera parte importante de la filosofía.

Lo cierto es que su inteligencia se hallaba maravillosamente dispuesta siempre á descubrir analogías de toda especie, y que, como muchos hombres eminentes que podrian citarse, mostrábase á las veces incapaz de distinguir entre las analogías racionales y las fantásticas, entre las que constituyen argumentos y las que no son sino meros arabescos; analogías como las que puso de relieve con tanta pericia y habilidad el obispo Butler entre la religion natural y la revelada, ó las que descubrió Addison entre los dioses griegos esculpidos por Fidias y los reyes ingleses pintados por Kneller; defecto de juicio que ha dado lugar á las más extrañas fantasías políticas. Sir William Temple, por ejemplo, dedujo una teoría del gobierno de las propiedades de la pirámide, y todo el sistema económico de Mr. Southey está basado en el fenómeno de la evaporacion y de la lluvia. Pero aún ha producido esta mal empleada sutileza resultados más extravagantes al aplicarse á la teología, porque desde Irineo y Ori-

genes hasta nuestros días no ha pasado una sola generación sin que grandes teólogos se hayan permitido hacer absurdos comentarios sobre la Escritura, únicamente por ser incapaces de distinguir las analogías propias de las analogías metafóricas, para expresarnos en el lenguaje de la escuela (1). Merece notarse á este propósito que Bacon mismo aludió al expresado género de error cuando trató de la *ídola specus*, y que lo hizo en términos tales que sirven á demostrar el convencimiento que tenía de su inclinación á incurrir en él. Es vicio—dice—de sutilizadores dar demasiada importancia á las semejanzas fútiles, y añade que cuando se abandonan con exceso á él propenden los hombres á perseguir las sombras ántes que las realidades (2).

Sin embargo, nos place que la imaginación de Bacon haya sido tan exuberante, porque, dejando aparte los goces que nos procura, la consagra casi siempre nuestro filósofo á esclarecer verdades oscuras, á dar formas seductoras á verdades de poco atractivo por sí mismas y á fijar en el ánimo verdades que, sin ella, sólo habrían producido impresión pasajera.

La facultad poética era poderosa en la inteligencia de Bacon, mas no tanto que usurpara, como á veces le acontecía con el ingenio, el lugar de la razón para esclavizar al hombre. Nunca hubo imaginación más fuerte y más completamente subyugada que la suya, pues no se puso en movimiento una sola vez ni se detuvo que no fuese á impulsos del

(1) Véanse acerca del caso las interesantes observaciones del obispo Berkeley en el *Minute philosopher*. Diálogo IV.

(2) *Novum Organum*, lib. I. Aph. 3.

buen sentido. Pero aunque familiarizada con tan perfecta obediencia, la de Bacon dió grandes y repetidas muestras de vigor. Porque si bien es cierto, en realidad, que pasó mucha parte de su vida vagando por los espacios imaginarios, en medio de cosas tan singulares y extrañas cual son las descritas en las *Mil y una noches* ó en los libros de caballería, con cuyos cuerpos hicieron el Cura y el Barbero auto de fe casa de D. Quijote, visitando edificios más suntuosos que el palacio de Aladín, contemplando fuentes más maravillosas que la del agua de oro de Parizades, admirando medios de transporte más rápidos todavía que el hipógrifo de Ruggiero y armas aún más temibles que la lanza de Astolfo, y medicinas más eficaces y prontas que el bálsamo de Fierabrás; no es ménos cierto que no había nada en sus imaginaciones que pudiera reputarse por quimérico y que no sancionara la razón fría. Y como sabía que todos los secretos, que al decir de las ficciones poéticas están escritos en los libros de los encañadores y nigrománticos, carecen de valor si se comparan con los secretos portentosos que real y verdaderamente registra el libro de la naturaleza (libro que al cabo llegarán los hombres á leer); y que todas las maravillas realizadas por medio de talismanes son cosa baladí, comparadas con las que pueden esperarse razonablemente del fruto de la filosofía, y que si sus palabras penetraban en el entendimiento de los hombres producirían efectos muy superiores á cuanto la superstición ha podido atribuir jamás á los encantamientos de Merlin y de Miguel Scot, gustábase dar rienda suelta en este terreno á la imaginación, y forjarse mundos tal cual serían cuando hubiera su filosofía, según sus nobles palabras, «ensanchado el imperio